

gada. Me refiero a la espontaneidad de sus decires y humoradas, no exentas de una filosofía diríamos a ras de tierra, filosofía elaborada por la sabiduría milenaria del hombre del pueblo, el hombre que suda y con su sudor irriga los terrones resecos de la tierra atormentada por el sol.

A pesar de su vida dura, tienen humor sano y original. A este respecto, recuerdo una anécdota real que me contaba mi padre: con ocasión del casamiento de mi amigo *El Tomate*, los demás le preguntan en el instante en que, recién casado, sale por la puerta de la iglesia del brazo de su mujer. ¿Qué tal te sienta el casamiento *Tomate*? A lo que él responde con su flema habitual, y podríamos decir concisión británica, si no fuese la manchega superior a ésta.

—*Tó cansa.*

A este humor, júntase la socarronería manchega y alegre de aquellos seres que viven en las llanuras heladas en invierno y calurosas en verano. El es la válvula de escape de los sufrimientos atávicos que llevan en su germen desde centenares de años, tal vez milenios. No se puede decir que el manchego sea alegre al estilo andaluz (a pesar de que en Andalucía existen varios matices de carácter). Estarían más próximos del cordobés —sobrio y solemne—, en rigor más parecido con un manchego, que con el andaluz sevillano, vivaz e informal.

El manchego es acogedor con el forastero, si bien que conserve su íntimo y no le entregue sus pensamientos hasta que haya hecho un análisis de su personalidad. Después, una vez constatada la honestidad de principios, el manchego te lo entrega todo. Es espléndido en lo caballeroso, no hay duda que existen también gentes mezquinas, pero son las menos, la excepción de la regla. Lo más común es el tipo parecido al personaje *El Caballero del Verde Gabán*, que nos describe Cervantes. Claro, que las dificultades del mundo actual están obligando —por fuerza de las circunstancias— a disminuir esta hidalguía. Y, ya que hablamos de Cervantes, tendremos que constatar que en el manchego coexisten, a mi entender, los dos personajes principales de *El Quijote*: Don Alonso y Sancho. Al decir Don Alonso, me refiero, claro está, a Don Quijote cuerdo, pues —ya lo he dicho en otro lugar— para mí, Don Quijote no estuvo nunca enajenado. Siempre fue consciente de sus actos y aunque éstos pudiesen —en ocasiones— parecer descabellados, en realidad no lo eran, y es ésa la realidad y la ficción en Cervantes, cuando nos confunde con sus

metáforas, llevándonos por caminos que escruta el alma humana en sus más oscuros y recónditos pensamientos.

El área que comprende La Mancha, por ser la meseta central de condiciones climáticas extremas, es quizá —creemos— una zona donde hayan existido menos mezclas étnicas, y sus descendientes —los manchegos— sean unos de los más puros representantes de los antiguos pobladores de la península, tal vez oretanos, celtas, iberos, o bien una mezcla con base a estos tres grupos originales, aunque en rigor puede decirse que no existe una raza o etnia puramente ibérica, tantas han sido las incursiones extrañas a la península en los últimos tres mil años.

Examinaremos, aunque ligeramente, algunos conceptos del manchego. En este caso, podremos decir que se extiende al complejo pueblo español en su conjunto de regiones. Me refiero a su hombría, hoy le llamaremos “machismo”, que aún persiste y creemos no es una herencia árabe, como muchos pudiesen creer, sino una forma de ser que conserva su primitivismo y se apega a él a pesar de las épocas distintas en que el mundo hoy se desenvuelve, con la igualdad de cargas y deberes de la mujer.

En las grandes capitales ya se nota esta modificación de las costumbres, y la soberanía masculina ya inclina su bandera ondeándola hermanadamente con la mujer, su compañera de felicidades y de infortunios que la vida moderna lleva consigo...

Pero, estamos hablando de La Mancha y de los manchegos, y éstos, salvo, naturalmente excepciones, continúan aferrándose a sus hábitos milenarios, y la mujer queda relegada a segundo término. Claro está, que ellas van poco a poco abriéndose camino con su independencia profesional. La nueva realidad lo exige y el hombre va descendiendo a regañadientes.

Para terminar, diré que no es deshonra para el manchego que vaya perdiendo aquellas libertades de independencia del casino y dejar la mujer sola en casa con sus menesteres. Hay que reconocer que el mundo actual ha dado un salto tecnológico en poco más de sesenta años, y esto obliga a una mudanza de hábitos y costumbres; pero unas cosas no deben perderse en esta vorágine moderna que apenas acaba de empezar, y éstas son las virtudes que posee y que son las predominantes en la personalidad de los pueblos.

Que el manchego continúe con su humor, su llaneza de trato, su honestidad y sobre todo su *palabra*, que vale más que un documento.